Dos Cuentos de Ricardo Coto Conde

Viendo Vivir

El sol brilla en el cenit con todo el esplendor que le da un cielo sin nubes, de un azul profundo. Sus rayos dirianse aceradas y candentes agujas que taladran la carne. Nada empaña la limpidez azulosa de los cielos inmensos.

La vía en reparación es intransitable. Sobre ella la tierra amontonada dibuja caprichosas montañas en miniatura, de un color amarillento que se torna rojo al recibir los dardos de Febo; los zanjones estrechos y profundos semejan abiertas tumbas de un cementerio de aldea.

Visto a cierta distancia, el cuadro tiene una rudeza agreste que cautiva. Pero de cerca tiene un no sé que de triste y doloroso. Es una de las tantas páginas del libro de la vida, en la cual podemos leer la miseria de ciertos monigotes que se llaman hombres.

Da lástima ver a esos seres, encorvados desde la mañana hasta la tarde sobre el ardoroso suelo levantando el pesado pico con un movimieito mecánico, monótono, cansado. Cae éste sobre las piedras y al chocar con ellas parece que lanza un grito de rebeldía impotente, de que es incapaz el individuo que lo maneja; la pala al rebotar sobre el duro pavimento imita la queja continua e inescuchada del trabajador, y las piedras, golpeadas por los aceros, chispean en un arranque de insubordinación. Pero los hombres inconscientes de su miseria, e incapaces de comprenderla y remediarla, golpean sin cesar. El sudor corre por sus polvorientas frentes; el polvo obscurece sus vistas; los labios apretados sostienen el puro, formando un rictus amargo y doloroso; sobre la espalda doblada el sol deja caer implacable sus rayos de fuego.

Si fatigados de su incómoda posición descansan unos instantes, la voz brusca del capataz los llama de nuevo a su tarea: son los galeotes de la tierra.

¡Pobres gentes, parias de una sociedad disoluta y despilfarradora, que irrisoriamente se titula democrática. Nadie al pasar al lado de ellos piensa que alguno puede estar enfermo; que muchos probablemente desfallecen debido a una alimentación inadecuada, y a pesar de eso tienen que matarse trabajando como bestias. Quiza en la casa de alguno, en su humilde y obscura vivienda, se encuentra enfermo el hijito de su alma; y ansía estar a su lado un momento siquiera; y llevarle medicinas para curarle su mustio cuerpecito y juguetes con qué arrancar una sonrisa a los macilentos labios!

Cuántos al salir de sus casas dejaron postrada en el duro lecho a su anciana madre sufriendo los achaques de la miseria. En los oídos de muchos resuenan todavía las duras palabras del dueño de la miserable covacha que les sirve de habitación increpándolos por un atraso.

¿Cuál diversión, cuál distración tienen esos hijos del dolor? Ninguna. Y sin embargo, cuán duro castiga la sociedad sus faltas, sin tomar en cuenta que la causa de ellas es ella misma que no los protege.

Si se embriagan les arrebatan parte de un jornal tan duramente obtenido, sin conprender que el peón toma para olvidar lo árido y cruel de su vida. Que en él, los efectos del licor no constituyen un placer, sino un lenitivo a sus dolores.

Sus padres fueron peones; ellos son peones, y sus hijos también manejarán la pala y el pico, deslizándose su vida de un modo mecánico, triste y doloroso.

Ricardo Coto Conde

Niños que no son Niños

Todo ríe en el parque; el sol inunda de alegría las anchas alamedas, el agua de la fuente modula su canción eterna.

Niños de caras sonrosadas corren sobre las baldosas multicolores bañadas por los rayos del sol; tenue brisa discurre entre el esmeraldino ramaje, refrescando la tibieza estival del ambiente.

He dicho que todo ríe; pero no; ese cuadro de alegría está nublado por una pincelada de dolor, que incita a la reflexión.

Sentados en semi-círculo sobre pequeños cajones están otros niños. ¡Pero qué diferencia tan notable existe entre los antes citados y éstos! Aquellos son niños en la verdadera acepción de la palabra; tienen sus alegrías íntimas de chiquillos; sus risas son canciones de optimismo; el trato que reciben es el de una planta delicada propensa a estropearse al menor descuido. En cambio contemplad a estos otros; vedles los ojos, y en la mirada de todos encontraréis una tristeza profunda, infinita, que ellos mismos no pueden comprender; vedles la boca, y encontraréis en el pliegue de sus labios la huella que deja la copa ya escaciada del dolor; ved esos cuerpos raquíticos, sucios y mal cubiertos, y pensaréis con tristeza en esos árboles nacientes expuestos a las inclemencias, que no tienen una mano amiga que enderece su tronco. Al verlos reír, os extrañaréis; no es la risa cristalina y modulada del niño, que brota alegre y expontánea mente; no; es la risa que sale forzada, siendo el cuerpo y no el alma quien ríe.

Ah! Cuanta diferencia existe entre la risa del niño y la risa del hombre!

¡Cuánta diferencia existe entre un día despejado, en que el sol brilla placentero, en que se escucha por doquiera el murmullo de las fuentes y el canto de los pájaros, y esas noches de invierno, tristes, grisáceas, glaciales alumbradas por una luna blanca y fría, cual el ojo de un ciclope muerto.

En el niño la espiritualidad satisfecha manifiesta su contento por medio de la risa; en el hombre, ya que el alma no puede reír, ríe engañosamente la materia.

Así ríen esos pobres chiquillos; hombres a los diez años, no tienen el consuelo de haber sido niños: su vida es un contínuo batallar.

¡Qué difícil es que un chiquillo de esos vea la vida color de rosa! Qué difícil es hacerlos diferenciar lo bueno de lo malo! No conocen lo que es bueno, pues nadie usa la bondad para con ellos, no comprenden lo que es malo pues la maldad es su ambiente.

Los gérmenes de las ruines pasiones están latentes en ellos. Envidian la dicha de los otros niños al verlos gozando de una felicidad imposible para ellos. Aborrecen la fuerza oprobiosa de la autoridad que los deprime, y en cuyas garras caerán más adelante.

¡Oh pobres chiquillos que siendo niños sois hombres! ¡Pobres seres para los cuales se construyen las cárceles, que tenéis obligaciones para con la sociedad, y no gozáis de ninguna protección de ésta!

Se construyen escuelas; se crean instituciones de beneficencia; se elevan templos y se hacen ofrendas, y no se cuida de vosotros.

Se publican libros, muchos libros en los cuales se habla de los derechos de los niños, y a vosotros se os excluye de esas prerrogativas.

¡Qué hipócrita y miserable es el hombre! ¡Cómo reina el egoismo en este miserable género humano! Si pudieran los individuos obtener provecho de estas pobres criaturas relegadas al olvido, entonces si se ocuparían de ellas; si sus padres fueran millonarios; entonces brotarían los protectores por millares.

Ricardo Coto Conde

La Iglesia Católica y la Revolución Social

En mayo de 1891 el papa León XIII lanzó al mundo católico su famosa encíclica sobre la condición de los obreros.

León XIII ha sido uno de los papas más hábiles que ha tenido la Iglesia católica. Pocos sucesores de San Pedro han procedido con la habilidad de León XIII para adaptar la iglesia al curso histórico de la vida, lo cual significa la adquisición de una fuerza inmensa para desafiar los ataques del tiempo.

Alianza de la burguesía y la Iglesia

Al sentir amenazados sus intereses, la burguesía busca el apoyo de la Iglesia, y al comprender León XIII que concediendo este apoyo asegura la vida del catolicismo, no duda en darlo, pero con una táctica tan hábil, que incline a la clase trabajadora a creer que es ella la que sale favorecida.

La Iglesia católica no puede ver con buenos ojos a esta burguesía que tan malas pasadas le jugara durante la Revolución Francesa; pero León XIII sabe que es más seguro para ella ayudar a la clase capitalista a mantenerse sobre sus bases formadas por la propiedad privada, la familia, etc. que no hacerlo.

Pio IX, antecesor de León XIII, fué un papa que creyó servir a su Iglesia, oponiéndose sistemáticamente a toda idea revolucionaria. Esto trajo como consecuencia manifestaciones anticlericales y conflictos con algunos gobiernos. Cuando llega León XIII al trono pontificio, piensa que es mejor aceptar ciertos compromisos para tranquilizar a los gobiernos y destruir la desconfianza de la burguesía y de las clases trabajadoras con respecto a la Iglesia católica, y todo ello, manteniéndose siempre como Pio IX contra la democracia, la libertad de conciencia y de prensa, contra la enseñanza laica, la ciencia positivista, etc., etc.

Estamos en 1890. El socialismo hace inmensos progresos en Europa. Estallan grandes huelgas que atraen la atención sobre los sufrimientos de los trabajadores. Los gobiernos se dan cuenta de que éxiste una cuestión social que aparece en el horizonte como una tempestad.

La Iglesia Católica también se inquieta. Comprende que en las entrañas de la sociedad se agita una fuerza que puede destruir el orden en el cual ella está como el pez en el agua. Busca en sus doctrinas el arma para combatir este enemigo y es entonces que aparece el socialismo de la Iglesia Católica.

León XIII está relacionado con laicos y sacerdotes convencidos de «que el socialismo contiene ideas religiosas desfiguradas» y que los socialistas más bien que adversarios del orden cristiano, son criaturas extraviadas a quienes hay que atraer. Un grupo propone conquistar la simpatía y confianza del pueblo, no sólo con ideas religiosas, sino clamando contra los abusos que lo abruman y acercándose a èl con proyectos de reformas sociales.

La Encíclica

Es por esta época (mayo de 1891) que aparece la Encíclica de León XIII *Rerum Novarum*, (de las cosas nuevas) q' para el mundo ignorante contenía ideas revolucionarias. Muchos devotos se escandalizaron creyendo q' dicha encíclica apoyaba al socialismo. Ignoraban que se trataba de algo profundamente anticiocialista, y que su único fin, era atraerse la buena voluntad de las clases trabajadoras, haciéndoles creer que Dios y la Iglesia Católica se ocupan de su suerte. Pero la encíclica no olvida al mismo tiempo los intereses de la burguesía y así recuerda a los fieles como la Iglesia Católica cree en la necesidad de la diferencia de clases y en los sufrimientos que de ello resulten; desigualdades y sufrimientos que son todavía el castigo del pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva! Al mismo tiempo, condena el odio y proclama que todos los hombres son hermanos (a pesar de la desigualdad de clases) y que deben amarse como hermanos. La clase capitalista y la clase trabajadora tienen una imperiosa necesidad la una de la otra; no puede haber capital sin trabajo, ni trabajo sin capital.

La Encíclica señala los deberes del patrón para con el obrero y de este con aquel, y aconseja que, como los patrones y los obreros son hermanos, los primeros deben dar a lòs segundos lo que les sobra «lo supérfluo». Y como esta caridad puede dar lugar a abusos, la encíclica insiste en que esta obligación no es de estricta justicia sino en caso de extrema necesidad.

Un comentarista de esta famosa encíclica, escribe al margen, una nota burlona: «No es crimen ser pobre, ni siquiera una desgracia. Hay en la pobreza, como en la limosna, una eminente dignidad. La verdadera riqueza está «en las costumbres, es decir en la virtud», esto es, se puede ser millonario sin tener un cinco...» Nosotros añadimos que hay que combatir esta caridad católica, tan grata a León XIII, por medio de la cual los burgueses creen sobornar a su Dios y comprar un lugarcito en el cielo dando a los necesitados la moneda de menor valor que llevan en su bolsillo, puntas de pan tieso, cajas de fósforos y plátanos verdes.

La encíclica habla también de la acción del Estado, del «justo salario» y de la acción de las asociaciones profesionales. El Santo Padre aconseja a los obreros la unión para combatir el «injusto e intolerable yugo». De este consejo ha nacido ese curioso sindicalismo mixto, abierto al mismo tiempo a los patrones y a los obreros, movimiento que, como es natural, no ha tenido éxito alguno.

La encíclica de mayo de 1891 marca el principio de lo que los católicos llaman el apostolado social del catolicismo.

Este año se ha conmemorado con gran pompa el 40 aniversario de la Encíclica *Rerum Morarum*.

El Papa actual Pío XI, siguiendo la política de León XIII quiere demostrar al mundo que la Iglesia Católica no es indiferente a la tremenda situación económica por la que atraviesan en estos momentos los pueblos, y con tal fin ha lanzado dos encíclicas: la primera, que se llama **Quadragésimo Anno** en memoria de la de León XIII sobre la condición de los obreros, cuyas ideas reafirma y exalta; la segunda que acaba de aparecer bajo el título de *Nova Impendent*, con la intención de realizar una cruzada de piedad para combatir los malos pensamientos que engendra la miseria.

Vamos a ver si a fuerza de encíclicas logra el Papa arreglar el mundo civilizado.

Debemos no solamente admitir, sino atraer de modo especial a los obreros que creen en Dios; estamos resueltamente contra el menor insulto a sus convicciones religiosas.

LENIN

Notas de la Redacción

Costa Rica y los extranjeros

Costa Rica goza de la fama de ser un país sumamente hospitaliario.

Nos hemos puesto a analizar en lo que consiste esta hospitalidad, y nos hemos dado cuenta de varias cosas:

Los costarricenses somos amables con todo extranjero que nos dé palmaditas sobre la vanidad y no censure en público nuestros defectos.

Pero, pobre del extranjero que ponga en duda las virtudes de nuestra democracia, que no encuentre que don Ricardo Jiménez es la octava maravilla del universo, que halle muy recargado de adornos y dorados nuestro Teatro Nacional y que ría con burla cuando le dicen que San José es un París chiquito.

Hay unos extranjeros que son muy bien acogidos por la clase dirigente, y hasta vistos con cierta admiración por muchos trabajadores sin malicia en la mollera. Son estos los extranjeros que vienen a explotar nuestras riquezas. Todavía está fresco el recuerdo de los miles de costarricenses que se pusieron del lado de la United Fruit Co. y en contra de los intereses de su país; y de los diputados que eran como la voz de todas estas gentes que proclamaban con acento tembloroso los grandes beneficios que le debíamos a esta compañía sanguijuela.

Mr. Steinhart el yanqui, y el doctor Salazar el ecuatoriano—ambos enviados por los intereses de la Electric Bond and Share Co., uno de los trusts más poderosos del mundo,—para arrancarnos la explotación de nuestras fuerzas eléctricas y añadirlas a su inmenso monopolio, han sido dos extranjeros muy apreciados por nuestros burgueses de conciencia vendible y por los trababajadores que ganan el pan en las compañías eléctricas.

Del Dr. Salazar decían aquí que era un hombre simpatiquísimo, un abogado muy hábil, y muchas señoritas bien, estaban enamoradas de él y sus respectivas familias lo consideraban un magnífico partido.

Y en cuanto a Mr. Steinhart, no creemos que la lectura del libro *"Nuestra colonia en Cuba"* de Lelian H. Jenk, hiciera a sus amigos costarricenses cambiar la buena opinión que de él tienen: Lo más que harían, sería agregar a manera de elogio, que Mr. Steinhart es un *self made man*.

Indudablemente es curiosa nuestra hospitalidad.

Pasa a la página 4

Si un cura se nos acerca para realizar la labor política común, si ejecuta concienzudamente la labor que el partido le confía, sin intervenir contra su programa, podemos aceptarle en nuestras filas. En estas condiciones, la contradicción que existe entre el espíritu, los fundamentos de nuestro programa y las convicciones religiosas de este cura puede ser estrictamente personal y concerniente a él únicamente, una organización política no puede someter a sus miembros a un examen sobre la ausencia de contradicción entre las opiniones de éstos y su programa

LENIN

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.